

Domingo 8 de abril, de la fe a la conversión

II Domingo de Pascua

Ambientación

¡Qué necesaria es la fe en nuestra vida! Desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. Por la mañana ya confiamos en que saldrá agua del grifo, y saldrá a la temperatura que queremos, y no hemos visto a nadie calentándola. O cuando nos metemos en el coche y encendemos el gps para que nos lleve al destino que

queremos, y simplemente nos dejamos guiar por el aparato.

Pero ¿por qué con Jesús nos cuesta? Con lo simple que es su mensaje, su Buena Noticia, que sabemos siempre a dónde nos lleva, aunque tengamos que caminar por obstáculos y enfrentarnos a pruebas.



Domingo 8 de abril, de la fe a la conversión

II Domingo de Pascua

Palabra de Dios

Lectura del santo evangelio según san Juan, (20,19-31)

Entró Jesús, y les dijo:
«Paz a vosotros.» Les enseñó las manos y el costado. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

Exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:
«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Tomás no estaba con ellos y los otros discípulos le decían:
«Hemos visto al Señor.»

Pero él les contestó: «Si no veo en sus

manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.»

A los ocho días, estando Tomás con los discípulos entró Jesús y le dijo:
«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»

Contestó Tomás:
«¡Señor mío y Dios mío!».

Jesús le dijo:
«¿Porque me has visto has creído?
Dichosos los que crean sin haber visto.»

Domingo 8 de abril, de la fe a la conversión

II Domingo de Pascua

Reflexión

Hemos visto en el evangelio como Tomás sufre de una falta de fe, que solo soluciona una vez que ve al Señor. Así, la fe aparece como desencadenante de un proceso de confesión de Jesús como su Señor y su Dios.

Desde la fe llegamos a la conversión. El camino de la pascua culmina con la fiesta de Pentecostés, en la que el Espíritu Santo se derrama sobre los apóstoles (en el evangelio de Juan es Jesús quien insufla su aliento), y les permite vivir una vida nueva, de anuncio del evangelio, a través de su propia conversión.

Y el efecto inmediato en ellos es el don de lenguas, pero después lleva a los apóstoles a la vida comunitaria, a la fracción del pan y a la oración.

Si nosotros queremos realmente vivir la vida cristiana, seguir a Cristo, no podemos hacerlo sin fe, sin estar abiertos y dispuestos a esa conversión, prescindiendo de cualquier certeza y seguridad.



Domingo 8 de abril, de la fe a la conversión

II Domingo de Pascua

Oración

Señor, yo creo, yo quiero creer en Ti.

Señor, haz que mi fe sea libre, que cuente con la aportación personal de mi opción, que acepte las renunciaciones y los riesgos que comporta y que exprese el culmen decisivo de mi personalidad.

Señor, haz que mi fe sea fuerte, que no tema las adversidades de quien la discute, la rechaza, la niega, sino que se robustezca en la prueba íntima de tu Verdad, se entrene en el roce de la crítica, se corrobore en la afirmación continua.

Señor, haz que mi fe sea gozosa y dé paz y alegría a mi espíritu, y lo capacite para la oración con Dios y para la conversión

con los hombres, de manera que irradie en el coloquio sagrado y profano la bienaventuranza original de su afortunada posesión. Señor, haz que mi fe sea activa y dé a la caridad las razones de su expansión moral de modo que sea verdadera amistad contigo y sea tuya en las obras.

Señor, haz que mi fe sea humilde y no presuma de fundarse sobre la experiencia de mi pensamiento y de mi sentimiento, sino que se rinda al testimonio del Espíritu Santo. Amén.

(Beato Pablo VI)

